



DISCURSOS DE ODIO: UNA FORMA DE PROLONGAR LA VIOLENCIA POLÍTICO-SOCIAL EN COLOMBIA

HATE SPEECH: A WAY TO PROLONG POLITICAL AND SOCIAL VIOLENCE IN COLOMBIA

Nicolás Alzate Mejía

Docente investigador de COLCIENCIAS, integrante del grupo de investigación GIDPAD (Grupo interdisciplinario para el desarrollo del pensamiento y la acción dialógica) de la Universidad de San Buenaventura, Medellín, Colombia.



Resumen

Este artículo de reflexión en torno al “discurso de odio” (Hate speech), intenta cuestionar la razón o no razón de la aparición de este fenómeno comunicacional expresado en los actos de habla, en el lenguaje gesticular y en algunas expresiones escriturísticas.

Algunos afirmarían que el discurso de odio es un distractor que buscará perpetuarse en la sociedad como un medio de sostenimiento del poder político, económico, social y religioso. Esta forma de distracción es conocida como la “trampa del conflicto (Conflict trap).

Otros consideran el discurso de odio como un “oficio” (conflict as a profession), donde algunos líderes intentan mantener el poder, a través de actos comunicativos que denigran de la persona profanando su dignidad.

También, el discurso de odio ha sido analizado desde el punto de vista psicológico como una manifestación de “disociación cognitiva” (cognitive dissociation) que conlleva a una de tantas neurosis o patologías del cerebro humano.

Palabras clave: odio, reconciliación, actos de habla, narrativas de odio, disociación cognitiva

Abstract

This reflective article on “hate speech” attempts to question the rationale or lack of rationale for the emergence of this communication phenomenon expressed in speech acts and certain scriptural expressions.

Some would argue that hate speech is a distraction that seeks to perpetuate itself in society as a means of maintaining political, economic, social, and religious power. This form of distraction is known as the “conflict trap.”

Others consider hate speech as a “profession,” where the powerful attempt to maintain power through communicative acts that denigrate people by desecrating their dignity.

Hate speech has also been analyzed from a psychological perspective as a manifestation of “cognitive dissociation,” which leads to one of the many neuroses or pathologies of the human brain.

Keywords: hate, reconciliation, speech acts, hate narratives, cognitive dissociation

Introducción

Este artículo de reflexión en torno al “discurso de odio” (Hate speech), intenta cuestionar la razón o no razón racional y razonable de la aparición de este fenómeno comunicacional expresado en los actos de habla y en algunas expresiones escriturísticas.

Algunos afirmarán que el discurso de odio es un distractor que buscará perpetuarse en la sociedad como un medio de sostenimiento del poder político, económico, social y religioso. Esta forma de distracción es conocida como la “trampa del conflicto (Conflict trap).

En una segunda instancia, el discurso de odio habría sido analizado como un “oficio” (conflict as a profession), donde algunos jefes gubernamentales intentan mantener el poder, a través de actos comunicativos que denigran de la persona y de sus adversarios o contrincantes profanando su dignidad.

En un tercer momento, el discurso de odio ha sido analizado desde el punto de vista psicológico como una manifestación de “disociación cognitiva” (cognitive dissociation) que conlleva a una de tantas neurosis o patologías del cerebro humano.

Más adelante se esgrime el discurso de odio como la causa que origina el “efecto-cámara-eco” (echo chamber effect), donde la persona prefiere aislarse para escuchar sólo y exclusivamente lo que desea, evitando los discursos polarizados y recalcitrantes que atentan contra sus gustos políticos, sociales o religiosos.

Luego, se analiza el discurso de odio como la razón para construir “muros informáticos” (computer walls / news feed), donde se interrumpe el uso de las redes sociales con la finalidad de evitar la posibilidad de analizar argumentos en contra de sus propios intereses o gustos políticos, sociales o religiosos.

Para finalizar, se analiza un poco las famosas “narrativas de odio” (hate narratives) como el lugar donde se recrean los imaginarios de la historia y la memoria de un pueblo. El peligro de las narrativas de odio está en que se narra o se crea o se recrea un discurso sin textos ni contextos de los acontecimientos pasados.

Se añade una serie de recomendaciones que pueden ayudar a elaborar una cultura civilizatoria capaz de disminuir, tanto las narrativas como los discursos de odio, a través del desarrollo de valores humanos como la tolerancia y el respeto a las diferencias entre los seres humanos.

¿Por qué existen tantos discursos de odio entre los seres humanos?

Prestando atención a algunos programas radiales y una que otra emisora radial en internet relacionados con la política, la religión y los estratos sociales, escucho no pocas frases y expresiones fanáticas, fundamentalistas, herméticas, segregacionistas, discriminatorias y excluyentes; e incluso, frases que denigran del sujeto humano, poseedor de derechos como la dignidad, la honra y el buen nombre. Este dato ha hecho que surja la pregunta que aparece en el encabezado de este artículo reflexivo.

Frases o expresiones como las que se describen a continuación, connotan una serie de contextos narrativos cargados de odio que, sin duda, seguirán retroalimentándose históricamente, por los imaginarios sociales, familiares y políticos, reafirmando con ello, que la sociedad colombiana continúa anquilosada en un estado de minoría de edad ilustrativa o intelectual, que no le permite desarrollar su estado de civilidad y de convivencia armónica, pacífica y digna. Veamos dichas expresiones:

“La clase dirigente y política está compuesta de puros corruptos, ladrones y nepotistas” (Urrutia, M. Caracol blue radio); “los jóvenes integrantes de la primera línea y seguidores del presidente de izquierda son unos asesinos y malhechores” (Maldonado, O. Internet, radio); “el Papa de la Iglesia católica es un retrógrado que no acepta el libre desarrollo de la personalidad al condenar el aborto y la eutanasia” (Estrada, L. Caracol Blue radio); “los pobres son ignorantes que no practican el control natal, llenándose de hijos para ponerlos a pedir limosna” (Duarte, I. Internet-Caracol-radio); “los homosexuales son la escoria putrefacta de la sociedad moderna” (Gerlein, R. RCN radio cadena nacional); “los obispos y curas de la Iglesia católica son pedófilos, deberían castrarlos” (Maturana, R. La voz del pastor. Caracol Blue radio); “las mujeres no tienen capacidad de dirigir un pueblo como presidentes o congresistas de una democracia” (Cardona, D. Internet-radio.com), son todas ellas un discurso cargado de veneno, de odio y de discriminación que fácilmente incitan a la violencia.

Y otras expresiones mucho más violentas en el ámbito político y que se escuchan frecuentemente son:

“Todos los políticos son ratas”. Esta es una frase generalizada que deslegitima cualquier acción política y alimenta la desconfianza hacia las instituciones.

“Los costeños solo votan por corruptos”. Este es un discurso regionalista que discrimina y asocia a una región entera con malas prácticas políticas.

“El que es pobre es porque quiere, por eso votan por lo mismo”. Aquí se presenta una carga de odio de clase contra los pobres (aporofobia), culpabilizando a sectores vulnerables por sus decisiones electorales.

“Uribistas/Farcsantos son enemigos del país”. Esta es una expresión demoníaca contra el oponente político, promoviendo la idea de traición o antipatriotismo.

“Colombia no tiene arreglo, esta gente solo entiende a punta de plomo”. Sin duda, es una frase que naturaliza la violencia como método de solución ante la frustración política.

“Los indígenas son manipulados, no deberían votar”. Aquí se encuentra una pequeña expresión que ejemplifica la discriminación étnica disfrazada de crítica política.

“Los líderes sociales son guerrilleros disfrazados”. Frase peligrosa que ha servido como justificación para amenazas y asesinatos, incluyendo la desaparición de un buen número de líderes comprometidos con las acciones comunales de los barrios y que trabajan sin ningún interés político y sólo por mejorar la calidad de vida de sus vecinos.

Todas las expresiones arriba mencionadas se encuentran en las redes sociales, en algunos discursos informales, en los medios de comunicación o incluso en escritos de figuras públicas. Su peligrosidad radica en que normalizan el odio y justifican exclusiones, ataques o la propia violencia física.

Respondiendo entonces la pregunta que aparece en el título, podría decirse que algunos miembros de la sociedad colombiana, encargados de orientar los medios de comunicación se han olvidado de dos grandes principios o máximas de vida:

La primera, tiene que ver con una famosa regla de oro aprobada por todas las culturas: “No hagas a otras personas lo que no quieres que ellas te hagan a ti” (Mateo 7, 12). En otras palabras, puede decirse que es fundamental ponerse en la situación del otro antes de herirlo, violentarlo, vulnerarlo y excluirlo con estos estereotipos de discursos. Si yo no deseo sentirme odiado entonces tengo que tratar al otro más amorosa y dignamente sin necesidad de insultarlo, separarlo o excluirlo y anularlo.

La segunda, está relacionada con un imperativo kantiano que dice: “Obra de tal modo que trates a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre y al mismo tiempo como fin y nunca solamente como un medio” (Fundamentación de la metafísica de las costumbres). Esta máxima significa que los seres humanos no somos cosas, instrumentos u objetos que podemos ser tratados indignamente; tampoco somos entes sometidos a la exclusión, a ser violentados e instrumentalizados. Si yo no deseo sentirme una simple cosa y medio de explotación, entonces estoy en la obligación moral y en la responsabilidad social de tratar a los demás como un fin en sí mismo, es decir reconocer que el otro tiene un sentido, un significado y una finalidad en este mundo.

Los fanáticos y fundamentalistas consideran que la manera de estar por encima de otros es a través del odio. Alguien podría parodiar la definición de hombre que expresó René Descartes, la cual dice “pienso, luego existo” por: “odio, por tanto, existo”.

Pareciera que el odio es la autoafirmación que sostiene la negación y la aniquilación del otro. En otras palabras, a través del odio a los otros y de la eliminación o denigración de las personas y los colectivos odiados, el odiador confirma su propia existencia conforme a este razonamiento: el otro no existe, por tanto, yo existo como el único que queda y soy expresión de lo único válido, lícito y verdadero.

Otro gran peligro de los discursos de odio es buscar la aniquilación del otro a través del propio odio que produce placer. Por ejemplo, el torturador disfruta en el acto de torturar: “odio y placer acaban siendo una sola cosa”, dice Anders en su texto titulado “Contra el odio”. Cuanto más se extiende y más veces se repite el acto de aniquilación más tiende a extenderse el placer del odio y el placer de ser él mismo. Pareciera entonces que el odio se inocula entre sus seguidores y se extiende a toda la ciudadanía hasta heredarse entre familiares, sociedades, creencias o clanes.

Ahora bien, este es un artículo de reflexión. Por tanto, vale la pena retomar las dos máximas o principios éticos que hemos enunciado y repensar cómo enseñarlos y orientar las nuevas generaciones hacia la asunción de una nueva cultura basada en el respeto a las diferencias:

“No hagas a otras personas lo que no quieres que ellas te hagan a ti”.

“Obra de tal modo que trates a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre y al mismo tiempo como fin y nunca solamente como un medio”.

Las diferencias culturales no son motivo de separación ni de segregación. Las diferencias entre los seres humanos son riquezas culturales que otorgan posibilidad de leer la vida desde muchas otras perspectivas. Ama y respeta las diferencias.

Ante situaciones tan concretas como las acabadas de describir, se esgrimen argumentos sociológicos a nivel mundial, que demuestran que la continuidad de los conflictos en una cultura o región es causada por intereses particulares y sesgados que, en el fondo, benefician la estabilidad económica, política y social de algunos provocadores de los desórdenes sociales. Algunos pensadores americanos (Collier & Sambanis, 2002) que han investigado junto a círculos intelectuales europeos (Collier, Hoeffler, & Söderbom, Post-Conflict Risks, 2008), afirman que, en aquellos conflictos armados demasiado prolongados en la historia, como el caso de Rwanda (África), el caso de ETA en España y los casos de las FARC y el ELN en Colombia hubo y ha habido un distractor común. Este distractor punzante y estratégico es conocido como “The Conflict trap” (la trampa del conflicto).

¿En qué consiste el fenómeno de la trampa del conflicto? Resulta que cuando en un país existe un conflicto armado por más de 10 años, se va gestando la posibilidad de abrir nuevos episodios de violencia tanto política como social (Collier & Sambanis, Understanding Civil War: a new agenda, 2002).

¿Cuál es la razón para sostener en el tiempo un conflicto como los casos anteriores y especialmente en Colombia? Resulta que los grupos subversivos al margen de la ley y aquellos gobiernos que les corresponde enfrentarlos se van acomodando a las exigencias de ambos y van buscando una estabilidad económica, a través de la permisividad o laxitud jurídica, permitiendo el crecimiento y la movilidad, tanto geográfica como geopolítica que se esconden en sus ideologías y objetivos.

Otra razón en que se basan para mantener un estado de conmoción y guerra violenta estriba en que los grupos marginados son dirigidos por líderes especialistas en manipular los conflictos en forma negativa. Hoy se diría que son líderes negativos que aprovechan el desorden sociopolítico y la pobreza de los grupos minoritarios como campesinos e indígenas, para sembrar en ellos un ambiente desagradable y agresivo contra el Estado y contra los grupos subversivos, a través de aquellos discursos de odio.

Puede entonces decirse que el discurso de odio, sea en boca de líderes negativos, quienes dirigen los grupos subversivos, sea en líderes elegidos democráticamente para dirigir el país, sea en comunicadores sociales y periodistas que reciben órdenes de los propietarios de grandes terrenos, de multinacionales y del mercado, todos ellos se convierten en títeres oficinistas o hablantes de oficio, donde el discurso de odio pasa a ser un oficio; y dicho oficio consiste en mantener la zozobra, la violencia y aquellas estructuras de muerte que imperan en la sociedad. El oficio de quienes comunican un discurso de odio consiste en utilizarlo como un “modus vivendi” para mantenerse en el poder y sostenerse económica e ideológicamente.

Puede entonces afirmarse que el discurso de odio es una causa estructural del poder ejercido en ambientes de violencia. En Colombia, este discurso brota precisamente debido a la disputa del poder político, económico y social; lo que hace que, tanto la democracia y el modelo de Estado se comprendan de manera inapropiada, las transacciones comerciales y las rentas se puedan ejercer desde negociaciones oscuras y corruptas; las verdades se camuflen en mentiras y las mentiras se dictaminen como verdades absolutas. De allí que el narcotráfico, la explotación de la tierra, la trata de personas, la venta del sufragio para elegir representantes políticos, el secuestro y la extorsión sean medios que se aceptan corrientemente en la vida cotidiana de los colombianos.

En Colombia el discurso de odio es una estrategia política utilizada por el Estado y sus adversarios, con la finalidad de sostener un ethos de violencia y guerra, promotores e incentivadores de la riqueza y del poder, así sea de forma ilícita, ilegal e injusta. Estudios de los últimos 20 años revelan que una Colombia sin guerra, sin violencia, sin corrupción política no puede haber, simplemente porque desaparecerían estos amantes de la corrupción preponderantemente política y social (Barbero-Domeño, 2005).

De lo anterior se deduce que el discurso de odio en Colombia y, probablemente en muchas otras partes del globo terráqueo, es utilizado por quienes tienen el poder político y social, sean líderes elegidos por los pueblos o sean líderes negativos, dictatoriales o totalitarios, para generar dinámicas contradictorias y engañosas, generando un aumento de estrés, de miedo, de pánico y de inestabilidad económica y política entre los pobladores que viven directamente el conflicto.

Generalmente, quienes dominan el discurso de odio buscan desvirtuar la realidad de los acontecimientos cotidianos; incluso, buscan desvirtuar el constitutivo humano de sus contrincantes o adversarios, de tal manera que la violencia y el odio que cae sobre él, sean aprobados por la mayoría de pobladores; y entre más letal y sangriento sea el discurso, más violentas serán las acciones armadas que mantendrán descompuesto el país o la región donde se desarrolla y circula el discurso de odio con fuerza y agresividad. Tal vez, por ello, se afirma que generalmente, un discurso de odio provoca siempre un conflicto violento que termina por expresarse en forma bélica, como se demuestra en la historia de Colombia en aquellos enfrentamientos entre el Estado y las guerrillas o grupos subversivos, pues todos, absolutamente todos, tanto el Estado como sus contrincantes utilizan el discurso de odio para retroalimentar los ataques entre sí, los cuales se desarrollan siempre en medio de la población que sufre imperiosamente las consecuencias de la guerra producida por los discursos de odio recalcitrantes.

Desde la teoría de la acción comunicativa (Habermas, 2023), el discurso de odio es una herramienta del acto comunicativo que busca mantener la violencia en la sociedad. Así sucede en Colombia y otros países que lo circundan, puesto que una gran mayoría de gobernantes hace uso de sus actos de habla para construir discursos de odio contra aquellos subgrupos considerados disidentes o enemigos del Estado. Ejemplo de ello son los siguientes:

“Que ese timador sepa que lo que nosotros propugnamos es una intervención militar internacional con el ejército de Venezuela que desaloje a la dictadura” (Álvaro Uribe en discurso del domingo 12 -01-2025 en Cúcuta, Colombia. Transmisión radial de Caracol-blue-radio).

“Triste personaje paramilitar y narcotraficante. Asesino y criminal. Cobarde, ven tú al frente de las tropas. Te espero en el campo de batalla, cara a cara, no mandes a otros” (Nicolás Maduro en discurso del domingo 12 -01-2025 en Caracas, Venezuela. Transmisión por Radio Nacional de Venezuela (RNV)).

“Mientras usted delinquía, yo trabajaba”, dijo Uribe. “Hacer revoluciones no es delinquir, pero matar revolucionarios por la espalda, a sangre fría y por simple odio, sí”, respondió Petro (Noticias Caracol radio del 20-06-2024).

Sin embargo, la contraparte del Estado no se queda atrás. Veamos algunos ejemplos de grupos subversivos o enemigos del Estado y la democracia:

“Colombia no para! (No para de matar y el gobierno no para de hacerse el loco)”. “¡Hay que decirle NO al odio! (O sea que hay que decirle NO a él mismo, a su titiritero Uribe, a la Cabal y a su archienemigo Petro)”... “Colombia debe seguir avanzando en el cumplimiento de la ley (Empezando por la policía, el fiscal y los congresistas del presidente...)” ... “El gobierno dejará un Archipiélago moderno y una Providencia y Santa Catalina totalmente reconstruidos (Pero en un universo paralelo)” ... “Colombia habita la anarquía, el caos y el odio. Es un territorio donde prospera la violencia y el dolor. (Al parecer el presidente decidió ver las noticias. Ahora solo falta que decida vivir en Colombia y no en Narnia)” (Revista Razón pública No. 14 del 10 junio 2024:11).

El discurso de odio se reconoce cuando la retórica sobresale por aquellas pequeñas frases que encriptan imágenes y emociones en un discurso banal; lo que hace que aquella frase agresiva y burlesca, sea más importante que la crítica que se le hace al fondo de la situación enjuiciada.

Generalmente, el discurso de odio en el sector político busca polarizar la sociedad; la cual, particularmente, goza de ingenuidad, de ignorancia y de irreconocimiento de una posible estrategia propia de la demagogia política, para encubrir verdades o desplegar mentiras que reemplazarán la realidad sociopolítica de un pueblo.

De acuerdo con algunos estudios relacionados con el discurso de odio (Gómez-Suárez, 2010), las narrativas de odio polarizan una sociedad cuando dichas narrativas presentan y encierran o configuran lo siguiente:

- Cohesión de un buen número de sectores diversos alrededor del rechazo y la antipatía contra gremios, pequeñas minorías, organizaciones sociales gubernamentales o no gubernamentales. Todo ello cargado de dispositivos retóricos que incitan a la agresión y la violencia verbal, psicológica o física.
- Simpatía mutua en algunos sectores que se confabulan con los mismos dispositivos retóricos.
- Indiferencia entre algunos sectores que no aceptan ni comparten aquellos dispositivos retóricos.
- Acudir a la simplificación de aquellos contextos históricos, lo que produce contradicción entre lo que se desea defender y el legado que siempre ha identificado la tendencia política a la que se pertenece.

Puede entonces afirmarse que estos cuatro dispositivos retóricos son los que predominan en el área de la política, lo que indica el gran auge y el éxito que proyecta el famoso “discurso de odio” en la sociedad, incluyendo el manejo o manipulación de las emociones primarias como el miedo y la euforia, el pánico, la decepción, la indignación, la ira y hasta el terror.

En Colombia, la reactivación constante de aquellos discursos de odio se presenta debido a la incoherencia de las promesas del candidato político al ejercer el mando gubernamental que siempre aspiró con promesas que se esfumaron y se camuflaron en expresiones manipulables y manipuladoras. Lo prometido queda siempre en deuda.

Otro factor de reactivación del discurso de odio en Colombia es el terror que el contrincante infiere y expresa públicamente, especialmente, contra los proyectos de ley, las reformas constitucionales, los plebiscitos, las consultas populares o los referendos que dicen una cosa y se interpretan de otra manera. Generalmente, estos discursos deforman la esencia de los cambios o transformaciones político-sociales, haciendo que la contraparte reacciones feroz, violenta y agresivamente. Ejemplo de ello es denominar a una “manifestación pacífica”, la cual es un derecho, “estallido social”. Este estallido está cargado de incitación a ejercer acciones de vandalismo y desórdenes públicos o cometer daños a empresas privadas o públicas.

De todas maneras, una conclusión a tener en cuenta consiste en que, en Colombia, los escenarios de conflicto están sesgados por las emociones (miedo, ira, terror, tristeza o desengaño equivalente a sentirse defraudado). Sin duda, estas emociones terminan influyendo en la elección política de la sociedad.

Igualmente, en Colombia existe otro hecho que incide en la toma de decisiones políticas. Gran parte del pueblo votante prefiere mantenerse en su postura política, por cuestiones de aferramiento a las tradiciones de sus familiares o al pensamiento político que prima en el estrato social al que pertenece. Este aferramiento y dificultad para cambiar de paradigmas es conocido como “disociación cognitiva” (Festinger, 1962), buscando con ello, permanecer más bien en la postura política de su tradición familiar, evitando el estrés y los disgustos en el seno de la familia.

Otra forma de asumir la ausencia de compromiso político obedece a que las familias o las personas prefieren acomodarse a ciertos grupos sociales que ya los conocen, para evitar entrar en conflicto, tanto consigo mismo como con los integrantes del grupo. A esto se le puede denominar una forma facilista de vivir el ethos político, evitando controversias y privándose de aportar soluciones al mejoramiento político y social del lugar al que pertenece.

Desde el punto de vista psicológico, aquellos ambientes donde prima repetitivamente el discurso de odio, produce una especie de angustia existencial que afecta la mente y aumenta los estados de neurosis en los individuos o en las colectividades. Encontramos no pocos casos de neuróticos desestabilizados mentalmente a causa del énfasis que ejerce el discurso de odio sobre su personalidad. Esto significa que el discurso de odio afecta paulatinamente la salud integral de los ciudadanos. Algunas personas viven estos estados patógenos en forma consciente, pero la gran mayoría terminan enceguecidos por aquel fanatismo político sin que se den cuenta del daño que se está produciendo en su salud integral.

Al respecto, las reacciones y afectaciones psicológicas del discurso de odio influyen en los circuitos neuronales (sistema límbico) del ser humano. Recordemos que este sistema está encargado de regular las emociones; por tanto, las narrativas de odio se involucran en dicho circuito, afectando la forma de razonar de la persona.

Estudiosos contemporáneos de la psicología cognitiva (Kaplan & Gimbel, 2016), vienen trabajando la idea de que la identidad política de los seres humanos está atada a su personalidad, lo que permite que un ataque o un discurso de odio contra sus ideas políticas es asumido como una confrontación personal. Este estereotipo de discurso violento y agresivo es internalizado por la corteza cerebral, lugar que conduce y orienta la identidad y las emociones negativas.

Los efectos del discurso de odio van también mucho más allá de la condición expresiva y externa de la persona. No pocos investigadores han venido estudiando otro comportamiento extraño que surge del entorno de aquellos discursos de odio. Hay una incidencia de la comunicación política con la personalidad de los individuos. Algunos de estos investigadores de la psicología humana (Wallsten, 2024), hablan del “efecto cámara-eco” (Echo chamber effect), donde consideran que una gran parte de ciudadanos tienden a aislarse de aquellas opiniones contrarias a su partido político. Para mantener este aislamiento, se sumergen en redes sociales o noticieros que optan por apoyar sólo a sus candidatos preferidos.

En este estereotipo de personas se presenta una gran ausencia de ideas opositoras y terminan encapsulándose en cámaras aisladas donde sólo retumba el eco de lo que desean escuchar (Dubois & Blank, 2018).

Otra reacción ante aquellos bombardeos de discursos de odio que ha surgido en la segunda década del segundo milenio es precisamente el uso de los “newsfeed” (muros informáticos) en los medios digitales más populares. Esto indica que las personas prefieren construir muros digitales que impidan el acceso de información contraria a sus ideales políticos. Sociales y religiosos. Puede decirse que la persona queda encerrada en una burbuja que impide la confrontación política para nuestro caso. La sociología contemporánea conoce este fenómeno como “burbujas de filtro” (Pariser, 2011).

Es importante añadir que las redes digitales aprovechan aquellos algoritmos utilizados en la aplicación de la inteligencia artificial, para crear perfiles sintéticos de consumo de información y bienes o servicios, promoviendo los famosos muros informáticos.

Otro aspecto a tener en cuenta en el despliegue que se hace de los discursos de odio está en el uso de la inteligencia artificial, puesto que la mayoría de softwares están repletos de información manipulada por corporaciones privadas que intentan expandir ciertas ideologías y polarizar la tradición cultural que habían venido identificando cada uno de los sectores sociales que componen el globo terráqueo (Dilko & Hoffman, 2017).

Al respecto, hay que señalar algunas empresas de información como Facebook, TikTok, Google y Meta, quienes enseñan e invitan y entregan ciertas ideologías selectivas que, en el fondo, aumentan las cámaras de eco y las burbujas de filtro. Puede decirse entonces que estos medios intentan reducir el ejercicio cognitivo de las personas o receptores, puesto que inducen a la pereza de pensar y al advenimiento de la muerte del pensamiento humano y natural, denunciado por Lyotard a finales del siglo XX (Lyotard, 2001). Las Tics son un instrumento usado con facilidad para distribuir aquellos discursos de odio.

Hoy se habla de “narrativas de odio”. Las narrativas son estructuras sociales encaminadas a crear y sostener conocimientos verdaderos, falsos o dejados a la libre interpretación sin tener en cuenta los contextos donde se originan.

Recordemos que desde las narrativas se construyen identidades, tanto individuales como sociales; también elaboran lazos de empatía y connotan un alto grado de emociones, sean positivas o negativas; incluso, las narrativas de una cultura ayudan a construir una postura ético-moral de una cultura y a guardar la memoria histórica de la propia idiosincrasia a la que se pertenece.

No pocas culturas se van configurando y fortaleciendo desde las narraciones políticas, económicas, sociales y religiosas que, en el fondo, van a constituir sus textos y contextos. En el caso de países o culturas violentas y agresivas, los conflictos humanos, sean por la conquista de la tierra, sea por la aparición de grupos armados al margen de la ley que buscan imponer una ideología o sea por algún otro motivo particular o colectivo, las narrativas que expresan todos ellos están generalmente cargadas de odio y rencor.

Mitos en Colombia como el desalojamiento de tierras, la invasión de territorios del gobierno, los relatos de los falsos positivos, la explotación de los sectores sociales más vulnerables, van configurando y expresando ciertas narrativas cargadas de odio de unos contra otros que, posteriormente, se van replicando en otras narrativas discursivas relatadas por las nuevas generaciones. Uno de los objetivos de estos estereotipos de narrativas de odio consiste en buscar o inventar argumentos que justifiquen la violencia y la guerra entre los conciudadanos, sean integrantes del gobierno, sean integrantes de grupos opositores al mismo. He ahí aquella disonancia cognitiva que ya se mencionó un poco más arriba.

Las narrativas de odio son tan nocivas que terminan degradando, no sólo el sistema político, social o religioso, sino también la humanidad y la dignidad del otro, estigmatizado como una figura maléfica y malvada que tiene que ser tratada con odio y violencia en forma inmisericorde.

El proceso de las narrativas ideológicas de odio:

Puede decirse que existe una teoría denominada “narrativas transmedia” (Jenkins, 2007), donde se advierte que el discurso de odio creado por ideólogos o comunicadores influenciados por sus tendencias políticas, sociales o religiosas comienza a ser recreado por las personas de acuerdo con sus universos de significantes. Esto significa que el discurso de odio se repite y se repite en forma de prácticas comunicativas cíclicas (caso de la dinámica del teléfono roto), donde la sonoridad de las palabras, la interpretación y producción de sentido giran libremente siguiendo la tendencia que más interesa defender o criticar en forma denigrante.

Los discursos de odio no escapan a esta variante comunicativa. Ellos construyen universos explicativos que avalan las narrativas de odio; además, no requieren ser verdaderos o falsos; lo único que interesa es conquistar una buena cantidad de seguidores que apoyen la causa por la que se lucha. Aquí, la cantidad de seguidores juega un papel importante en el momento de tomar una decisión política.

De la idea anterior se concluye que la fuerza narrativa es lo que permite expandir el discurso de odio, sea en los círculos familiares, sociales o políticos, incluyendo los grupos virtuales que tanto influyen en las nuevas generaciones descontextualizadas.

Conclusión

Tanto el discurso de odio como la desinformación son formas de manipulación y propaganda que pueden tener graves consecuencias sociales y políticas, no obstante, cabe distinguir ambos conceptos. Mientras que la desinformación se refiere a la difusión intencional de información falsa o engañosa con el objetivo de generar confusión o instalar creencias erróneas, el Discurso de Odio tiene la intencionalidad de denigrar, deshumanizar o discriminar a un grupo o individuo.

El discurso ofensivo puede ser considerado como insultante o desagradable, mientras que el discurso del odio es un discurso intencionalmente ofensivo dirigido a un grupo o individuo y tiene carácter generalizador y discriminatorio.

El discurso calumnioso busca difamar o desprestigiar a una persona, atribuyéndole falsamente un hecho o una conducta que perjudica su reputación. Se caracteriza por la difusión de información falsa o exagerada con el propósito de causar daño

El discurso injurioso busca ofender o menoscabar la dignidad de una persona mediante expresiones insultantes, vejatorias o denigrantes. Se caracteriza por el uso de términos peyorativos o denigrantes para referirse a la persona en cuestión.

Desde la mirada humanística urge afirmar que la principal dificultad para disminuir los discursos de odio está en aprender a asumir una cultura basada en la reconciliación. La persistencia recalcitrante, agresiva, denigrante utilizadas en las narrativas de odio dejan el corazón humano destrozado y con gran dificultad para asumir un arduo proceso de reconciliación.

La cultura global ha venido elaborando una serie de estrategias de reconciliación en ambientes políticos donde siempre ha primado el discurso de odio (Kelly & Hamber, 2004):

Primera estrategia:

Visionar el futuro próximo una sociedad que comparte intereses justamente, así sean interdependientes.

Segunda estrategia:

Reconocer y reparar el dolor, la exclusión, la estigmatización denigrante e indigna, trabajando por el anuncio de la verdad de los hechos y que permanecieron escondidos o velados durante mucho tiempo.

Tercera estrategia:

Aprender a dominar y controlar un lenguaje digno de una cultura civilizatoria que basa la comunicación en el valor de la tolerancia y el respeto a las diferencias.

Cuarta estrategia:

Transformar paradigmas tradicionales para contemplar el valor de la evolución del pensamiento y de aquellos nuevos estereotipos en que la sociedad puede relacionarse. No siempre la tradición tiene que imponerse ante ideales progresistas y liberales; por tanto, urge aprender a buscar el punto medio entre las partes en conflicto. El hecho de asumir una cultura de la escucha sin necesidad de entrometerse en el diálogo, esperando a que el otro termine de expresarse es ya un paso transformador y positivo en las relaciones humanas donde se ha impuesto una narrativa de odio.

Quinta estrategia:

Recuperar el valor sagrado del otro. El otro es un yo que quiere ser tratado de la misma manera que te gustaría ser tratado. El otro es una persona merecedora de un trato digno, de tal manera que tú también pudieses ser tratado dignamente. Tratar al otro en forma denigrante a través de un discurso de odio, hace que ese otro sea profanado en lo más sagrado que posee: su vida y su dignidad.

Recomendaciones Finales

Las ideas que hemos venido repasando llevan a la invitación social para hacer el esfuerzo de adquirir procesos de reconciliación y de humanización de la persona, incluyendo sus diferencias sean las que sean.

Este proceso tendría que hacer énfasis en la adquisición de una comunicación asertiva, digna y enaltecedora que subraye las concordancias que se encuentran entre las partes en conflicto. Los actos de habla están llamados a cuidar la integridad, la honra y la buena fama de las personas. Ya no más a la remarcación de expresiones denigrantes que profanan la persona, la agreden y la violentan verbal y psicológicamente.

La reconciliación exige un esfuerzo de las partes en conflicto para aprender a aceptar las diferencias, sean culturales, políticas, sociales o religiosas, de tal manera que se pueda abrir el paso hacia la adquisición de una cultura a favor de la tolerancia, del respeto a la condición humana y a favor del cuidado del otro, así piense o actúe en forma diferente.

Es recomendable que los canales públicos y privados usados por los medios de comunicación, transformen su “modus operandi”, de tal manera que los discursos estén motivados hacia la remarcación de valores edificantes, particularmente, hacia la recuperación del valor de la dignidad humana, subrayando el valor de las diferencias culturales; diferencias que, sin duda, contribuyen al enriquecimiento de la propia cultura humana. No puede olvidarse que la humanidad es mucho más rica culturalmente, debido precisamente a la diferencia entre los pueblos.

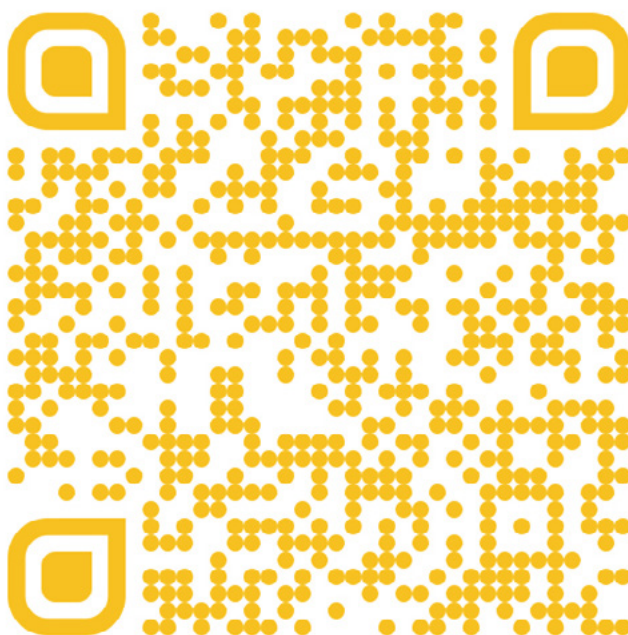
Una actitud a tener en cuenta en medio de tanta intolerancia y tanta violencia en los discursos políticos, sociales y religiosos está en estudiar la posibilidad de construir espacios sociales como museos, teatros, escuelas y pedagogías educativas que formen seres humanos para la tolerancia y el respeto a las diferencias.

Por último, es recomendable comenzar a asumir expresiones que motiven la sociedad a experimentar una cultura “paz-céntrica” y “tolero-céntrica”, donde los valores de la paz y de la tolerancia sean el centro de los medios de comunicación. Sólo así la sociedad colombiana tendrá la oportunidad de comenzar a trabajar en función de la construcción de una civilidad pacífica, respetuosa, tolerante donde prime la calidad humana y no el odio, la ira y la desfachatez que desfigura el ethos humanístico, respetuoso y tolerante.

Referencias

- Barbero-Domeño, A. (2005). La activación de la imagen del enemigo y las nuevas guerras. *Papeles de cuestiones internacionales*, 1(90), 65-71.
- Collier, P., & Sambanis, N. (2002). Understanding Civil War: a new agenda. *Journal of Conflict Resolution*, 46(1), 3-12. Recuperado el 2025
- Collier, P., Hoeffler, A., & Sóderbom, M. (2008). Post-Conflict Risks. *Journal of Peace Research*, 45(4), 461-478. doi:<http://doi.org/10.1177/0022343308091356>[CrossRef]
- Dilko, I., & Hoffman, W. (2017). The Dark side of technology: an experimental investigation of the influence of customisability. *Computer in human behavior*, 73(1), 181-190. doi:<https://doi.org/10.1016/j.chb.2017.03.031>
- Dubois, E., & Blank, G. (2018). The Echo Chamber is Overstated. *Information, Communication & society*, 21(5), 729-745. doi:<http://doi.org/10.1080/1369118X.2018.1428656>
- Festinger, L. (1962). *Cognitive dissonance*. Illinois: Scientific American.
- Gómez-Suárez, A. (2010). *El triunfo del no: la paradoja emocional detrás del plebiscito*. Bogotá: Magisterio.
- Habermas, J. (2023). *Teoría de la acción Comunicativa*. Madrid: Trotta.
- Jenkins, H. (2007). *Transmedia Storytelling*. Princeton: Penguin press.
- Kaplan, J., & Gimbel, S. (2016). Neural Correlates of Maintaining One's political Beliefs in the face of counterevidence. Harvard University. Londres: Macmillan. doi:doi.org/10.1038/srep39589[Crossref]
- Kelly, G., & Hamber, B. (2004). *A working definition of reconciliation*. Ireland: Ulster University.
- Lyotard, J. (2001). *La posmodernidad*. Madrid: Gedisa.
- Pariser, E. (2011). *The filter bubble: what the internet is hiding from you*. Princeton: Penguin press.
- Wallsten, K. (2024). Political blogs and theBloggers who blog them. (págs. 11-21). Washington D. C: Macmillan. Recuperado el 2025

PODCAST



DISCURSOS DE ODIO: UNA FORMA DE PROLONGAR LA VIOLENCIA POLÍTICO-SOCIAL EN COLOMBIA

Nicolás Alzate Mejía